



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

*El combate de Cavite**
Por Agustín Rodríguez González

**Revisión de los hechos y las causas del combate que supuso
el fin del imperio colonial español en el Pacífico**

Es opinión muy generalizada que la batalla que enfrentó el 1 de mayo de 1898 a las flotas estadounidense y española en la bahía de Manila estaba ya decidida de antemano.

La visión más divulgada cree que los barcos españoles eran anticuados navíos de madera, cuyos cañones no alcanzaban a los, por otra parte, casi invulnerables acorazados americanos. Que los marinos españoles lucharon hasta el fin con tanto heroísmo como destreza, aprovechando todas sus escasas posibilidades y que el saldo de bajas de uno y otro lado pone de manifiesto la total indefensión de los españoles, afirmando que más que una lucha Cavite fue un «tiro al blanco».

Pero, tras una larga investigación sobre el asunto, podemos decir que muchas de estas afirmaciones son inexactas, y otras, al menos, merecen una fuerte matización.

Los barcos españoles, escribe Agustín R. Rodríguez, no eran de madera (salvo una excepción) ni eran tan viejos, sus

* Extracto del libro *Historia y vida* (volumen 268) Julio, 1990

cañones alcanzaban sin problemas la distancia a la que se desarrolló el combate, y los buques americanos, por su parte, no eran invulnerables en absoluto.

Por otro lado, aunque el heroísmo esté fuera de duda, ni el mando español supo aprovechar las ventajas y medios de que disponía ni la resistencia se prolongó al límite.

372

De forma notable cabe recordar que ningún barco español resultó hundido por la acción del enemigo, y, por último, en lo que respecta a las bajas, la cuestión es algo más complicada de lo que parece: 311, menos del 20 por ciento del total de las tripulaciones.

Las flotas enfrentadas

El contraalmirante D. Patricio Montojo, jefe del Apostadero de Filipinas, disponía en 1898 de 10 unidades de combate de más de 500 toneladas, aptas en principio para un combate naval, aunque de limitadas características. Existían además varios transportes armados y una treintena de cañoneros, pero estos últimos buques no podían utilizarse más que en tareas coloniales o de guardacostas.

Los diez buques mencionados cabe decir que se habían botado entre 1873 y 1887, con una media de casi 15 años desde su botadura y aún menor desde su entrada en servicio. Todos tenían casco de hierro o acero, con la excepción del crucero *Castilla*, de madera.

La velocidad teórica de estos buques iba de los 11 a los 15 nudos, y los artillaban un total de 37 piezas de 160 a 120 mm de calibre y de 46 de 90 a 37 mm, con 13 tubos lanzatorpedos y varios torpedos por tubo. El calibre más común de la escuadra, el de 120 mm, sistema González Hontoria de 1883, alcanzaba más de 10 km, dato a retener.

Ninguno de los buques estaba blindado, pero los dos gemelos *Isla de Cuba* e *Isla de Luzón* tenían sus máquinas y cal-

deras protegidas por una cubierta blindada en forma de caparazón, protección normal en la época¹.

Por su parte, la escuadra norteamericana del comodoro Dewey constaba de seis unidades de combate y de tres transportes, antiguos mercantes comprados recientemente. Este número no incluye el buque más antiguo de las dos escuadras, el *Monocacy*, un viejo crucero de casco de madera y propulsión de paletas, botado en 1863, y del que Dewey pudo prescindir al recibir el mucho más moderno *Baltimore*.

Como se ve, en aquella época no era inusual que figurara todavía algún buque de madera en las escuadras. La diferencia estriba en que Dewey, sabiéndose superior, pudo dejar al *Monocacy* en Hong Kong, mientras que los españoles, inferiores, debieron utilizar al *Castilla*, un buque botado 18 años después que el americano y del triple de tamaño y potencia.

Los seis buques americanos que participaron en el combate sumaban 10 piezas de 203 mm, 43 de 152 a 127 mm, y 55 piezas ligeras con 10 tubos lanzatorpedos.

Su velocidad oscilaba entre los 11 y los 20 nudos. Ninguno estaba acorazado, los cuatro mayores tenían la misma clase de cubierta protectora que los dos españoles, y el *Olympia*, el buque insignia, tenía además blindados sus cañones principales y la batería de medio calibre, pero el resto del casco no lo estaba.

La edad media de los buques era algo más de 9 años. Desplazaban cerca de las 20.000 toneladas en total, frente a las 14.000 de los españoles².

Así, pues, existía una clara superioridad americana en los buques en cuanto a modernidad y potencia, pero no de tal modo que fuera aplastante para una escuadra española que, situada a la defensiva, podía hacer uso de otros medios que equilibraran la balanza.

¹ Datos de los buques extraídos del Estado General de la Armada año 1898.

² Para los buques americanos, *All the world's Fighting ships 1860-1905*. New York, Conway, 1979.

El peso de otros factores

374

En concreto, se disponía en Manila de bastantes piezas de costa que podrían nivelar los potenciales artilleros. Entre las mejores se hallaban 4 Ordoñez de 240 mm y 6 de 150 mm y otra decena, más antiguas, de 210 mm. La escuadra podía aportar más de una docena de piezas Armstrong y Pallicer, de buques ya retirados, anticuadas pero todavía eficaces³.

Además, se podían minar los accesos de la bahía de tal modo que la escuadra de Dewey no pudiera penetrar en ella, o disponerlas de tal manera, cerca de la escuadra española, que la estadounidense, al atacarla, chocara con alguna de ellas. Todos recordaban que justamente un marino español, don Joaquín Bustamante, había inventado una eficaz mina submarina cuya construcción también era nacional.

Pero otra cuestión podía ser aún más decisiva: el hecho era que los EE UU no disponían de bases en el Pacífico central u occidental en la época. Por ello los buques de Dewey estaban a más de 7.000 millas marinas (fuera de su autonomía) de sus buques de carboneo, municiones y diques para reparar.

A poco, pues, que se complicasen o dilatasen las operaciones, la escuadra americana vería rápidamente reducida su operatividad. Si los españoles podían forzar una campaña de desgaste, no cabía la menor duda de que el comodoro Dewey se enfrentaría con problemas insalvables.

Por último, la U.S. Naval no disponía de buques operativos en el Pacífico que pudiesen reforzar su escuadra⁴.

No tiene, pues, nada de extraño, que incluso observadores neutrales contemplaran con escepticismo las posibilida-

3 GOMEZ NUÑEZ, SEVERO: *La guerra hispanoamericana*. Madrid, 1902, especialmente el volumen dedicado a Puerto Rico y Filipinas.

4 Hasta meses después no pudieron reunirse los escasos refuerzos: el crucero *Charleston* y dos monitores que tuvieron que hacer la travesía remolcados por vapores mercantes, y eso ante el peligro de la llegada de la escuadra de Cámara, muy superior teóricamente y de la que se hablará después.

des estadounidenses. En concreto, la Marina alemana informó al kaiser Guillermo II que parecía probable una victoria española.

Si eso pensaban los neutrales, cabe imaginar lo que sucedería entre la opinión pública española, que considerando estas y otras cuestiones que no es del caso analizar aquí, daba por descontado el triunfo español.

Pero este prometedor cuadro resultaba engañoso; la realidad era mucho más dura, y tanto los errores españoles como otras cuestiones invalidaron casi todas estas supuestas ventajas.

En primer lugar, el estado de la escuadra era desolador: de los 10 buques reseñados cuatro no podían navegar debido a diversas averías, y el resto tampoco estaba en plenas condiciones de combate.

Y ello no era, como hemos dicho, porque fueran malos o anticuados, sino por otra razón completamente distinta: a menudo se olvida que la escuadra española había estado constantemente en operaciones en Filipinas.

Desde la década anterior los buques se habían empleado en largas y agotadoras campañas para controlar la sublevación de las Carolinas, o para someter a los piratas musulmanes del sur del archipiélago en Joló y Mindanao.

Además, desde 1896 la insurrección había estallado en la misma isla de Luzón, y los buques tuvieron una dura actuación, tanto en bombardeos, desembarcos o cruceros de vigilancia, con el lógico agotamiento de buques, armas y dotaciones⁵.

De hecho, algunos de los buques que lucharon en Cavite se acababan de incorporar a la escuadra, tras aplastar una sublevación en las Visayas, y apenas habían tenido tiempo de alistarse para el combate. Uno de ellos tuvo que seguir destacado en Mindanao y no pudo reunirse con la escuadra.

⁵ TORRE DEL RIO, ROSARIO DE LA: *Inglatera y España en 1898*. Madrid, Eudema, 1988.

En el arsenal de Cavite, por otro lado, se carecía de facilidades y medios de toda clase para reparar los buques, al menos rápida y eficazmente. La solución, bastante penosa, que se había dado hasta entonces era enviarlos al arsenal británico de Hong Kong. Pero tampoco hubo tiempo para eso.

376

En cuanto a las baterías de costa, su instalación o se retrasó por diversos motivos o fue llevada a cabo en diversos puntos, según los mandos españoles variaban sus planes, quedando repartidas en una amplia zona. Con todo esto, de más de una treintena de cañones de gran o mediano calibre, perfectamente capaces de dañar los buques americanos, sólo uno pudo apoyar a la escuadra en el combate.

Sólo existían 14 minas en Manila, y les faltaban espoletas y otros elementos indispensables, debiendo improvisarse, con el resultado que cabe esperar, y se pidieron más a España. Tras muchas dilaciones el ministro de Marina, almirante Bermejo, decidió enviarlas, pero cuando el mercante que transportaba unas 70 navegaba hacia Manila se declaró la guerra y para evitar que fuera apresado se le ordenó volver. También se prometieron cañones que nunca llegaron a enviarse.

Así, pues, estos dos importantes factores, por responsabilidad exclusiva de los mandos españoles, dejaron de ser de aplicación.

La neutralidad británica

En cuanto a los problemas logísticos de Dewey, fueron resueltos por la actitud inglesa, que bajo una capa de neutralidad posibilitó de hecho sus operaciones.

La escuadra estadounidense se reunió en Hong Kong, base ideal para atacar Manila; allí los buques se aprovisionaron y prepararon durante meses, ante la indiferencia oficial de las autoridades británicas, aunque era un secreto a voces el objetivo de la escuadra.

Además, allí Dewey pudo comprar a compañías británicas dos vapores que le sirvieron de transportes y otro buque rápido en Singapur, de nuevo colonia británica, para que le sirviera como enlace.

Incluso, tras la batalla los británicos permitieron que los buques de Dewey se aprovisionaran de carbón en buques mercantes ingleses fondeados en Manila, práctica, como las anteriores, absolutamente prohibida a los neutrales por el derecho internacional.

Pero la diplomacia británica consideró que los españoles iban a perder Filipinas a corto o medio plazo, y prefirieron que se apoderase de ellas una potencia amiga antes de que cayese en manos de Alemania u otra potencia menos deseable para los intereses británicos⁶.

También parece que los marinos y particulares ingleses que salieron de Manila hacia Hong Kong, antes o tras la declaración de guerra, informaron de la situación de las defensas españolas a Dewey.

No cabe duda de que ante todo esto la situación española era desesperada. La escuadra, reducida a siete buques, de los que dos no podían navegar, esperaba a la enemiga fondeada junto al arsenal de Cavite, con los buques excesivamente próximos y ofreciendo así, parada y apelotonada, un blanco muy fácil a la escuadra adversaria. En total reunía 25 piezas de mediano calibre y 40 de ligero, por lo general en mal estado debido a su desgaste en campañas anteriores. Sólo un cañón de costa apoyaba a la escuadra.

En las primeras horas de la mañana del 1 de mayo la escuadra americana entró en la bahía de Manila, tras cruzar algún cañonazo con las sorprendidas baterías de la entrada.

⁶ Los relatos más completos en WILSON, H. W.: *Acorazados en acción*. Madrid, 1932 y *The Downfall of Spain*. London, 1900. De parte española, *El almirante Montojo ante la opinión y ante la historia*. Madrid 1900, y *Correspondencia oficial referente a las operaciones navales de la guerra en EE. UU.*, Madrid, 1899.

A las 5.15 horas de la mañana Montojo mandó abrir fuego a sus buques, a las 5.40 respondieron los americanos cuando la distancia era de unos 4 km: luego ésta, durante la lucha, se redujo a la mitad.

378

El combate, por tanto, se efectuó dentro del alcance de los cañones españoles, hecho puesto de manifiesto por el de que rompieran primero el fuego.

La superioridad del fuego americano era incontrastable, tanto por el poder de las granadas de 203 mm, muy superior a las españolas, como porque casi la mitad de las piezas de calibre medio americanas era de tiro rápido, lo que les permitía disparar cuatro o cinco veces más rápido.

En cuanto a las piezas ligeras su fuego era por ambas partes muy vivo, pero sus efectos limitados sobre los buques, al tratarse de granadas de escaso peso y poder explosivo.

En un determinado momento los dos buques españoles que disponían de tubos lanzatorpedos y que se podían mover, el crucero insignia *Cristina* y el *Don Juan de Austria*, se dirigieron hacia el enemigo para intentar torpedearlo, siendo rechazados por su fuego. Hay que recordar que el alcance eficaz de sus torpedos era sólo de 400 metros, y el mejor de la época apenas llegaba al doble.

Cuando el combate se prolongaba por dos horas, inopinadamente la escuadra americana se retiró. Ambos bandos se pusieron a considerar la situación.

Balance

La escuadra española había sufrido un duro castigo, especialmente en los dos buques mayores. El *Cristina* había recibido 39 impactos y tenía 41 muertos y 102 heridos: el *Castilla*, 40 impactos con 28 muertos y 97 heridos; el *Ulloa*, inmóvil como el anterior, había recibido 33 granadas con 3 muertos y 12 heridos. Pero los otros cuatro, con sólo 26 impactos y 5 muer-

tos y 22 heridos entre todos, habían salido bastante mejor librados.

Las bajas eran, pues, de 311 (menos del 20% del total de las tripulaciones) y tres de los buques tenían incendios a bordo, aunque controlados. Sin embargo, ningún navío se había hundido o lo estaba haciendo, y todos seguían disparando cuando se retiró la escuadra americana.

En ésta la perplejidad era enorme; tras agotar casi la mitad de su munición (pesada y mediana especialmente) no habían logrado hundir o destruir ningún buque enemigo. La escuadra española parecía poder continuar el combate por otras dos horas y la americana terminar sus municiones sin poderla destruir. La razón fundamental era que la puntería americana fue muy mala. De los 5.800 disparos realizados apenas acertaron 139.

Por su parte tampoco se habían ido enteramente de vacío, un total de 25 proyectiles españoles habían alcanzado sus buques, causando al menos 15 bajas, aunque españoles y neutrales insistieron tras la batalla que las ocultaron, y en realidad eran de 25 muertos y 50 heridos.

En cualquier caso, las averías causadas a los buques americanos eran, por lo general, de escasa entidad, pues casi todos los impactos eran de pequeño calibre. De todos modos, queda de manifiesto que los cañones españoles sí alcanzaban a sus enemigos.

El que éstos eran vulnerables quedó claro con el único impacto de calibre mediano que obtuvieron los españoles: el *Baltimore*, el segundo buque más potente de Dewey, recibió uno de 120 mm que atravesó el buque de parte a parte, haciéndole cabecear visiblemente, desmontándole dos cañones e hiriendo a una decena de sus tripulantes.

De hecho, pese a las averías en sus cañones, y a las bajas entre sus artilleros, los españoles obtuvieron un mayor porcentaje de blancos, aunque indudablemente pudieron efectuar muchos menos disparos. Por su parte, los americanos también

tuvieron problemas y averías en sus cañones y municiones, aunque menores que sus enemigos.

Pero Montojo dio la partida por perdida, y creemos que acertadamente; el prolongar la resistencia no hubiera hecho más que aumentar las bajas españolas. Así que ordenó el abandono de los buques hundiéndolos, arrojando los cierres de las piezas al mar y salvándose las tripulaciones y efectos.

En los abandonados *Cristina* y *Castilla* los incendios se activaron y extendieron, volando ambos buques lo que animó a Dewey a renovar su ataque. Pero los españoles ya apenas se defendieron.

Los buques estadounidenses bombardearon el arsenal y los cascos semihundidos, quemando o hundiendo algunos barcos que estaban inútiles en el arsenal y algún pequeño cañonero y transporte que no había participado en el combate. Esto último ha provocado la equivocación de algunos autores que suponen mayor la escuadra española, y mayores, por tanto, sus pérdidas en el combate propiamente dicho.

En esta fase se produjeron otras 70 bajas españolas en el arsenal, cuando de hecho, y como hemos dicho, los españoles no se defendían⁷.

Epílogo

Prueba de que varios de los buques españoles habían recibido, a diferencia de los tres citados, un castigo muy reducido, fue que con posterioridad los americanos reflataron tres de ellos, los cruceros *Don Juan de Austria*, *Isla de Cuba* e *Isla de Luzón*, y los incorporaron a su Marina conservando sus mismos nombres. Allí, el *Don Juan de Austria* prestó servicios hasta 1921; luego, como mercante, navegó hasta 1932. El *Cuba* sirvió en

⁷ Archivo de la Armada don Álvaro de Bazán. Sección histórica Guerra del 98 y Expedientes personales.

ella hasta 1912, luego en la venezolana hasta 1929; el «*Luzón*» hasta 1919, para ser el mercante británico *Reviver* hasta 1931. Realmente no debían ser tan viejos ni malos.

El resto de las fuerzas navales españolas en el Pacífico, el cañonero *Elcano*, transporte *General Álava* y una treintena de pequeños cañoneros, siguió luchando toda la guerra con un heroísmo y unos resultados encomiables dado lo débil de la fuerza.

El *Elcano* apresó a la fragata mercante americana *Savannah* y al menos otro buque fue apresado por un cañonero. La mayor parte de ellos, encuadrados en la «División Naval del Sur del Mindanao» al mando del capitán de navío don José Ferrer, tuvo una muy destacada actuación combatiendo a los vapores mercantes de los que se habían apoderado y armado los insurrectos filipinos para extender a otras islas la rebelión. En varios combates navales resultaron hundidos o apresados por los cañoneros españoles bastantes de estos improvisados corsarios⁸.

Al final esta escuadrilla, que seguía luchando varios meses después de la firma del Tratado de Paz (como los heroicos defensores de Baler), fue vendida a la Marina estadounidense. Del carácter de sus oficiales cabe decir que cumplieron estas misiones, evacuando guarniciones y civiles aislados, combatiendo siempre, con unas tripulaciones compuestas en su mayoría por filipinos.

En España se proyectó enviar una escuadra que vengara Cavite y evitara la pérdida del archipiélago. Se componía básicamente del acorazado *Pelayo*, crucero *Carlos V* y tres mercantes armados: los *Patriotas*, *Rápido* y *Buenos Aires*, aparte de otros transportes de tropas y carboneros, todos al mando del almirante Cámara.

Pero cuando esa escuadra había franqueado el canal de Suez, paso obstaculizado y retrasado por la diplomacia británi-

⁸ SIERRA, LUIS DE LA: *El mar en la Gran Guerra*, Barcelona, Juventud, 1984.

ca, recibió la orden de volver a España al conocerse la derrota del almirante Cervera en Santiago de Cuba. Las propias costas peninsulares parecían estar ahora en peligro y la de Cámara era la única escuadra que le quedaba a España.

Conclusión

Creemos haber puesto de manifiesto las causas del desastre de Cavite y en las circunstancias en que se produjo.

De alguna manera se puede decir que los propios filipinos habían preparado la derrota española, al desgastar sus buques y tripulaciones en las rebeliones anteriores. Pero, además, los mandos españoles cometieron graves errores que comprometieron aún más el resultado. No cabe justificación para los asuntos de las baterías de costa y de las minas.

Por último, la actitud de Gran Bretaña durante todo el conflicto, teóricamente neutral, pero netamente favorable a los Estados Unidos, terminó por resultar decisiva.

En cuanto al combate pensamos que no fue tan unilateral como se ha venido reconociendo. Pero aun así caben las dudas planteadas por la enorme desproporción de bajas y averías. Analizando este último punto se debe recordar que ello ha sido así muy a menudo en las modernas luchas navales. Ejemplos cercanos en el tiempo son las guerras de Japón contra China en 1894, y de las misma potencia contra Rusia en 1904.

Incluso la orgullosa Royal Navy tuvo, en 1914, sólo 15 años después de Cavite, una dura prueba del carácter de la moderna guerra naval. En la batalla de Coronel una escuadra británica de cuatro buques se enfrentó a la alemana de Von Spee de otros cuatro. El combate terminó con dos de los buques británicos hundidos y nada menos que 1.650 muertos; recibiendo por su parte los alemanes sólo cuatro impactos de escaso calibre y sufriendo 2 heridos leves como total de bajas.

Pero no se crea que la escuadra de Von Spee era invulnerable; sorprendida poco después en las Falklands por otra inglesa superior, vio hundirse todos sus buques salvo uno, a costa de sólo nueve bajas entre los británicos.

En comparación con estos otros combates no cabe duda de que la escuadra española luchó en Cavite magníficamente, pese a los errores de sus mandos. Sin embargo, la opinión en España, que esperaba un triunfo, observó consternada una derrota con pérdidas muy desiguales, por lo que se desorientó buscando las responsabilidades, tergiversando a menudo los hechos, en parte también poco o mal conocidos, especialmente los de índole más técnica. Todo ello, complicado en ocasiones por partidismos de distinto signo, ha provocado esa visión deformada que hemos pretendido corregir aunque hayamos relegado muchas otras cuestiones cuyo análisis no puede tener lugar en este limitado trabajo.